

80 ANIVERSARIO DEL EXILIO ESPAÑOL DE 1939.

NÚMERO 100 DE *CUADERNOS REPUBLICANOS*

Ángeles Egido León
UNED

El pasado 25 de noviembre presentamos en el Ateneo de Madrid el número 100 de la revista del Centro de Investigación y Estudios Republicanos (CIERE), *Cuadernos Republicanos* dedicado al 80 aniversario del exilio de 1939. Se trata de una feliz circunstancia que hace coincidir la publicación de un centenar ya de números de la revista con los ochenta años del éxodo, esencialmente republicano, tras el desenlace de la guerra civil española. Al hilo de esta coincidencia y de este número especial de la revista, quiero subrayar al menos tres elementos:

Primero, la sensibilidad que el CIERE ha tenido hacia el exilio, porque es inherente a la propia naturaleza del Centro.

Segundo, el hecho de que por primera vez en la historia reciente de España se haya conmemorado este aniversario desde instancias oficiales.

Y tercero, el propio número de *Cuadernos* que recoge, a mi juicio, algunos de sus aspectos esenciales.

En relación con el primer punto, es evidente que el CIERE no podía permanecer ajeno a este aniversario. La razón de ser del CIERE es precisamente su carácter republicano. Sus miembros fundadores, desgraciadamente ya prácticamente todos fallecidos, fundaron el CIERE desde el exilio para reivindicar los valores republicanos, los que en su día encarnó la II República de Azaña, y este añadido no es baladí, porque los investigadores sabemos que hubo, en realidad, muchas repúblicas:

cada sector, cada partido, cada grupo que impulsó su proclamación, tenía un concepto diferente y un objetivo a veces contrapuesto. Pero para los miembros del CIERE, la única República posible era la de Manuel Azaña, que encarnó en su figura un proyecto de transformación de España con el talante y las cualidades de un verdadero estadista. Que luego la República se desbordará por los extremos, llevándose con ella al propio Azaña, es otra cuestión, como lo es que un golpe de Estado, fracasado, degenerara en una cruenta guerra civil.

En relación con esta desvirtuación de la República, es necesario incidir también, a mi juicio, en el desconocimiento del proyecto real de la II República. Ahora nos hemos acostumbrado a ver ondear banderas republicanas en todos los actos contrarios al sistema y los verdaderos republicanos, que conciben la República esencialmente como un conjunto de valores: democracia, libertad de pensamiento, laicidad, respeto a lo ajeno, exaltación de la educación y prioridad de la cultura y de los valores pacifistas, no dejan de sentirse cuando menos incómodos ante esa utilización indiscriminada de los símbolos republicanos.

No todo, sin embargo, es negativo, porque en relación con el segundo aspecto que enunciaba al principio, quiero subrayar que este año, por primera vez, se ha conmemorado el exilio, que no deja de ser un resultado de ese aplastamiento de la República a manos de las armas, desde instancias oficiales, en concreto desde la Dirección General de Memoria Histórica del Gobierno de España, dependiente del Ministerio de Justicia, que acabó encargando a una Comisión interministerial, porque ningún ministerio quería permanecer al margen, una serie de conmemoraciones no ya en España, sino en todos los países que recibieron a los exiliados españoles de 1939.

Durante todo el año 2019 se han celebrado congresos, actividades culturales, actos simbólicos etc. que recuerdan ese enorme éxodo. Quizás lo más llamativo haya sido la visita oficial, también por primera vez en la historia de España, de un jefe del Gobierno a la tumba de Manuel Azaña -José Luis Rodríguez Zapatero cuando fue en 2015 no lo hizo en calidad de presidente del Gobierno de España-, pero también ha habido muchas otras actividades en países europeos y americanos y esto es algo por lo que nos debemos felicitar, porque hasta ahora nadie había reconocido oficialmente a Manuel Azaña su condición de homónimo

como jefe del Gobierno español y como jefe del Estado durante la II República y el comienzo de la guerra.

Entre todos esos actos me permito destacar uno, porque también ha tenido un carácter simbólico y porque también es la primera vez que se celebra. Me refiero al Congreso Internacional “Mujeres en el exilio republicano de 1939”. Hasta este año, 2019, nadie había caído en la cuenta de que las mujeres exiliadas eran las olvidadas entre las olvidadas. Este Congreso, que se celebró en el Instituto Cervantes en octubre, reunió no sólo a los más reconocidos especialistas sino a las protagonistas de ese exilio que todavía viven para contarlo. Queríamos subrayar la peripecia de la población civil, de todas aquellas personas, especialmente niños, ancianos y mujeres, que no tenían responsabilidad política, que no habían combatido en la guerra, y que sin embargo se vieron abocadas a una de las formas, a mi juicio, más sutiles de represión: el exilio, el abandono de todo su pasado, de sus casas, de sus haberes, de sus recuerdos, y obligadas, además, a reconstruir una nueva vida en un entorno ajeno sin más armas que su propia voluntad y que su propia intuición.

Uno de los objetivos iniciales de esta conmemoración oficial era la reparación a los protagonistas y también el agradecimiento a los países de acogida. Este último objetivo solo pudo cumplirse con matices, porque es verdad que hubo países que acogieron a los exiliados con los brazos abiertos: los niños de Rusia, de Bélgica, los llegados en un primer momento a México y a otros países de Hispanoamérica, pero no puede decirse lo mismo, por ejemplo, de Francia, que, desbordada por la llegada de ese casi medio millón de españoles, no encontró mejor acomodo para ellos inicialmente que las playas del sureste francés, los campos de concentración franceses de triste memoria. Después los españoles se integraron en las Compañías de Trabajadores Extranjeros (CTE) y fueron reclutados para el Servicio de Trabajo Obligatorio (STO). Muchos acabaron en los campos de exterminio nazis: en Mauthausen, y también 400 mujeres españolas en el campo de Ravensbrück.

Hubo españoles combatiendo en todos los frentes de la II Guerra Mundial, al lado de los aliados, y Francia, aunque tarde, les ha reconocido ese valor: españoles de La Nueve liberaron París, se integraron en los grupos de la Resistencia y lucharon codo con codo

por la libertad, porque para ellos la victoria de la democracia en Europa era el primer paso para recuperar la libertad también en España. Aunque eso, como sabemos, tardó mucho más en producirse: la dictadura de Franco, beneficiada por el sistema bipolar de la posguerra, por la Guerra Fría, logró pervivir hasta la muerte del dictador en 1975.

Finalmente, quiero dedicar unas palabras al contenido de este número especial de *Cuadernos Republicanos* que, como decía al principio, subraya algunos de los aspectos esenciales del exilio. Además de una crónica detallada de los lugares por los que transitaron los *transterrados*, como los calificó José Gaos, que yo misma escribí, y del repaso de las instituciones republicanas que pervivieron en el exilio hasta la muerte de Franco, abordadas por Manuel Muela, el número se detiene en un aspecto que me parece importante subrayar: la actividad cultural en el exilio. Y me parece importante subrayarlo porque quizás este es uno de los reproches fundamentales que hay que hacer al franquismo: su régimen abocó al exilio lo mejor de la cultura española, que en los años treinta del pasado siglo vivía una auténtica Edad de Plata. Durante la II República seguían en activo muchos integrantes de la generación del 98, estaban en plenitud los miembros de la generación del 14 y comenzaban a despuntar los de la generación del 27.

La pregunta esencial es ¿qué país puede permitirse el lujo de echar fuera de la patria, de condenar al exilio, a lo mejor de la intelectualidad? La España de Franco lo hizo. Y no solo eso, sino que con ella se marcharon, se anularon, se perdieron para siempre iniciativas culturales como La Barraca de García Lorca, proyectos educativos pioneros como los impulsados por la Institución Libre de Enseñanza, presupuestos como el republicano de Instrucción Pública, que destinaba muchos más fondos a la educación que a la Defensa nacional, etc. etc. Países como México se beneficiarían de ese éxodo, en sus universidades, en su sociedad, mientras España se vio privada de toda aquella riqueza, obligada, por el exilio, a fructificar fuera de sus fronteras. Esta riqueza cultural queda reflejada en la revista en varios artículos, entre ellos uno de Mirta Núñez que analiza las actividades culturales, deportivas, las revistas que, en medio de tan difíciles circunstancias, los refugiados españoles no dejaron de desarrollar en los campos de concentración franceses. Y en otros dos artículos de Francisco José Peña y Rubén Pérez dedicados a la intensa actividad artística y literaria en el exilio.

No quiero terminar, en fin, sin referirme aunque sea muy someramente, al exilio interior: este número de *Cuadernos* incluye también un artículo testimonial de Pilar Ruiz-Va que refleja inmejorablemente lo que supuso el franquismo para la cultura en el interior. La autora relata, en primera persona, la depuración de sus padres, maestros, el miedo y la injusticia, el silencio impuesto, sentimientos y vivencias que ni siquiera la muerte del dictador pudieron, apenas, paliar.

A pesar de las dificultades en las que ahora mismo nos encontramos, creo que no debemos dejar de valorar lo que tenemos: el legado de lo mejor de esa República, el ejemplo de los exiliados, que supieron sobrevivir sin perder la fe en sus ideales. Aunque resulte difícil, es necesario reivindicar ese legado e impedir que se malgaste en medio de las ruindades de la política interna que tanto nos afligen.

